

# Una generación\*

No es raro hallar en diarios y revistas, a finales o principios de año, balances, evaluaciones, resúmenes y panorámicas de tal o cual género literario referidos al año que finaliza o que ya pasó. Suelen ser trabajos de fichero, sin grandes pretensiones, como de relleno y escaparate. Podríamos, asimismo, señalar los anuarios. José Luis García Martín publicó uno de los últimos, en 1983, en Hiperión. Pero lo curioso del suceso, cualesquiera que sean los resultados ofrecidos y las objeciones que al lector se le ocurran sobre el particular, es que todo el mundo está de acuerdo, completamente de acuerdo, en un punto y es el de la medida empleada: el año. Feliz coincidencia. Todo libro publicado entre el uno de enero y el treinta y uno de diciembre, cumplido el requisito temporal, podrá ser citado sin el escrúpulo de que, bajo otras perspectivas, mereciese la condena del silencio. Digamos que se trata de una condescendencia venial. Mortal condescendencia sería si, consentido el lastre, disfrutase de la mención del siglo. El siglo: otro baremo, de gran calibre éste, al que ajustamos sin demasiados reparos vidas y obras, teorías y realidades. El año, por lo corto, y el siglo, por lo largo, son en definitiva unidades de encuadre y referencia sin detractores —que sepamos— de alto copete. Tan cierto es así que toda nuestra literatura está recapitulada y estudiada a golpe de siglo y remache de época. Lo que, de puro aceptado como está, se nos antoja como muy procedente sistema ya que a sus mitades, cuartos o décadas podemos acordar esos «*compartimentos estancos* —que diría J. Benito de Lucas— *de poetas y de libros de poemas como el que separa en rediles las ovejas churras de las merinas*». Para bien o para mal, es así. Desmonten, si no, el tinglado. Y, churra o merina, Rosalía de Castro es del siglo pasado y «las diosas blancas» del actual.

Hay que admitir la burocracia preceptivista y procesal. Tómese, pues, de salida, el recurso más acorde y el de más objetivo criterio: el temporal. Cierto, también, que en esta urdimbre de las fechas no ha de faltar el baile de los números para en el tira y afloja de un año más o menos cuadrar albedríos, gustos, favores, servicios y, por qué no, hasta buena voluntad. De ahí nos vienen las peteneras antológicas, los aquellarres generacionales, las quintas de tertulia, los apéndices provincianos y los gloriosos retales. Qué le vamos a hacer. Son otras tantas medidas. Eso sí, discutidísimas: cargadas de peros, de un convencionalismo africano. Tirios y troyanos se tirarán los trastos a la cabeza porque para almohada la mía y no me venga usted con el camelo de los cien mejores críticos que bien sé yo dónde tenía que meterse usted sus opiniones.

\* José Luis García Martín: La segunda generación poética de posguerra. *Departamento de Publicaciones de la Excma. Diputación. Badajoz, 1986.*

La controversia está servida: Razones y sinrazones, antólogos y antologados, churras y merinas, olvidados y olvidadizos, réplicas y contrarréplicas, estudiosos y palurdos, veteranos y noveles, todo y todos, cada cual con su pertinencia en ristre, hacen el caldo literario y tras añadirle la especia de sus gustos lo saborean con muy exclusivo paladar. ¿Cómo alumbrar tanto oscurantismo y ordenar tantísima garrulería? ¿Quién te da gato o liebre? ¿Cómo pinchar tajada bajo tanta salsona?

De catador inteligente, llegados a este comensalismo extremo, hemos de tildar a José Luis García Martín, un hombre que, desde hace años, viene atizando el fuego de la crítica aclaradora, pellizcando la abulia del cotarro extremeño o soliviantando la atonía del asturiano, volteando por los aires la tortilla de las voces y los ecos, traduciendo a portugueses e italianos, quemando brujas o pinchando pompas allá por el 83 —una y no más, Santo Tomás— con el anuario de Hiperión, confundiendo firmas y plagiando estilos y, finalmente, poniendo la guinda a una espléndida tarta, mil veces atisbada en sus migajones y pellizcos, y casi, ahora, entregada en su totalidad bajo el título de *La segunda generación poética de posguerra*. Pero antes de pasar a comentarla rematemos nuestro gaudeamus apuntando algunos de los trazos que aún nos quedan de su autor. Copiamos de *Cuadernos del Norte* una confesión suya: «El trabajo de crítico, que respeto, no es el mío. Yo sólo soy un lector que opina. Con entera libertad. Y con la inevitable arbitrariedad, que me parece más honesto confesar que disimular». «Yo cuando hablo de poesía, de literatura, hablo siempre con absoluta sinceridad, esto es, con absoluta crueldad». Aplaudimos lo uno y damos fe de lo otro aunque sin pelos ni señales para que el lector no confunda los aplausos con las creencias. Diremos, sí, de José Luis García Martín que es un atentísimo espectador, algo miopillo fuera de la lectura; un amante total de la Poesía además de un tiranuelo de sus hacedores; un hombre de valentísima palabra, aunque de cobarde presencia; un poeta con clase, pero de clase libresca, no vital; un crítico sincero, quemado en la verdad; un José Luis García Martín único por más que, Carpentón él, se nos disfrace de Zapatero, Echevarría, Botas, Zapico, Eguren, Delgado o María Pía de la Roza. Nunca tendrá Pessoa discípulo tan aventajado como éste, ni con tantas caras ni esquinas. Hay que valer, claro.

Y donde, precisamente, García Martín demuestra su valía es en el campo de la crítica literaria con exclusiva y total —de momento— entrega a la poesía. Todos los trabajos y ensayos que de él tenemos anotados apuntan a este género. Basta echar un vistazo a *Jugar con fuego*, «la mejor revista de creación y crítica aparecida en los últimos años», según el parecer de Florentino Martínez Ruiz, y en la que desde sus inicios, allá por el setenta y cinco, estudiante de Filosofía y Letras a las órdenes del Dr. Martínez Cache-ro, dedica a la Poesía su saber y entender. De ella, también, sacamos la conclusión de que los tiros de su especialidad hacen siempre blanco en los poetas de la segunda generación de posguerra, sin que con esto queramos limitar su conocimiento ya que, como prueba en contra, recordamos haberle oído recitar versos de Gabriel y Galán reprobándole su excesiva moralidad y, en una conferencia, reivindicar la poesía de Menéndez Pelayo. No le hace ascos a nada. O, como diría Unamuno, es tan tonto que lee todo lo que le cae en las manos. Anécdotas aparte, en la revista menudean los trabajos sobre Brines, Angel González, J. A. Goytisoló, Valente, José María Valverde, Carlos Sahagún, Angel Crespo, Julia Uceda, María Victoria Atencia, Angel García López, Carlos Murcia-

no y algunos otros poetas más o menos relacionados con unas fechas generacionales. Dichos trabajos y la introducción para *Las Voces y los Ecos*, un erudito estudio sobre las diversas teorías generacionales, parecen confirmarnos la idea de que, en su génesis, fueron parte del libro que ahora nos ocupa y que, por razones editoriales y singular autonomía, vieron antes la luz. Y como, más adelante, pudieran verla «la páginas dedicadas a los fundamentos teóricos y metodológicos», el apéndice bibliográfico donde se enumera la obra de unos doscientos poetas, «junto con las reseñas y estudios sobre cada uno de ellos» y los capítulos dedicados a Angel García López, Miguel Fernández, Rafael Guillén y Mariano Roldán, poetas «quizás menos significativos (son ganas de compliarse la vida, habiendo apuntado antes las razones de espacio) dentro del panorama del conjunto». Pensamos que algún día veremos publicados estos trabajos y no pensamos, por supuesto, como José Luis al tachar de «menos significativa» a una voz como la de Angel, por quien sentimos una muy especial admiración y un gran cariño. Hasta ahí podíamos llegar.

Sabemos que con José Luis García Martín no valen los paños calientes. Tiene además una visión general de la Poesía y particular luego de cada poeta y de cada obra que es difícil superarle en conocimientos y apreciaciones. Sólo desde casos muy particulares, desde situaciones o actitudes muy concretas, se le puede abordar con posibilidades de éxito. Recuerden ahora quienes se sientan infravalorados la cita apuntada: «Cuando hablo de poesía, de literatura, lo hago siempre con absoluta sinceridad, esto es, con absoluta crueldad». ¿Quiénes son los que así usan de la pluma? ¿Cuántas estocadas se tiran al de enfrente y se evitan al de al lado? Suponemos que García Martín también tiene su talón de flaquezas y que por algún descuido se le podrá sorprender en el pero-defiendo-a-mi-señor. Quede como reto. Búsquenle las cosquillas.

Precisamente *La segunda generación de posguerra* está ahí, con los cueros al aire, esperando respuestas. Por ejemplo, la de las fechas. ¿Por qué sólo se incluyen en esta generación a los nacidos entre el 1924 y 1938? ¿Por qué no a los de 1923 ó 1939? ¿Por qué se sigue tan a rajatabla a Julián Marías en esta clasificación generacional? No deja de extrañarnos esta debilidad de José Luis por el método del filósofo, «procedimiento delicado y complejo, que tiene poco de mecánico y que ha de ser aplicado con tacto y sometido a revisiones constantes», como leemos en *Las voces y los ecos*, según el cual han de ser metidos en el mismo redil (y estamos con las churras y las merinas) un niño de biberón y un chavalete que se anda de manitas con las mozas de COU. Para eso están las «constelaciones», no argumentarán maestro y discípulo. Sí, señores. Desde nuestra humildad y con otra jerga dimos por buena esta clasificación, la generacional, y donde pusimos años o siglos caben igualmente quinquenios. Aceptamos estas medidas como lo que son: meros artificios didácticos de utilidad académica, de clasificación literaria y de comparación crítica. Lo importante es que no admitan camelos ni contradicciones.

Que es lo que ocurrir con las antologías. Un nudo de víboras. García Martín antes de entrar en este capítulo, hace hincapié en las fechas generacionales pasándoles factura a los antólogos —«a la mayor parte de los antólogos»— de sus caídas en el método que niegan; nos asegura que tiene unos trescientos poetas fichados y con «al menos un libro de poesía» publicado; cataloga, reparando en algunos porcentajes, «los miembros de la segunda generación de posguerra que han encontrado un mayor consenso crítico»